

davía no los tenían. Los ingleses consternados con esta noticia, como si se viesén amenazados de un rayo, salieron con precipitación de Italia, y se retiraron á sus casas.

No fue menor el sobresalto del Papa: el imperio y la Inglaterra eran los dos quicios de su obediencia, y no podia contar para nada con el fatuo Wenceslao, fantasma de Emperador abandonado á la impureza y á la crapula. Espidió bulas, envió nuncios, manifestó el mayor desconsuelo, y procuró convencer que los decretos del gobierno inglés eran del todo opuestos á la doctrina de los padres, y destructores de los derechos mas esenciales de la Iglesia. Hubiese creído cualquiera que iba á perecer la Esposa de Jesucristo, si el Papa no daba en Roma los beneficios de Inglaterra con perjuicio de los obispos y de los patronos. Mas fueron inútiles todas las solicitudes, acusaciones, lisonjas é intrigas; y subsistió el decreto en toda su fuerza, concediéndose solo que con permiso especial del Rey se pudiesen conseguir beneficios en Roma hasta el próximo parlamento.

7. No sin razon insistian con tanto empeño los ingleses contra las colaciones de beneficios hechas por Bonifacio IX. Thieri de Niem nos ha conservado una noticia verdaderamente escandalosa de las infames simonías que cometia este Pontífice (1). Si merece algun crédito el maligno Thieri, vendia todos los beneficios reservados ó no reserva-

(1) Niem. c. 7, 8 y 9.

dos, aun viviendo los que estaban en posesion de ellos; y no cesaban de cruzarse correos por toda Italia para informarse de si se hallaban enfermos algunos beneficiados de pingües rentas, y dar al punto aviso de su muerte. Vendia á las veces un mismo beneficio á muchas personas, dándoselo á cada uno de ellos como si estuviese vacante. Concedia igualmente muchas expectativas con diversas fatigas, é imaginó la cláusula de preferencia que ponía en la última fecha para dejar sin efecto las primeras concesiones. Este Pontífice, ó por mejor decir, los oficiales de la dataría que suplían su poca práctica en los negocios, introdujeron un nuevo género de expectativas que dejaban muy atrás la cláusula de preferencia, pero se vendían tan caras que fueron pocos los que las quisieron. Por fin, se aparentó que se trataba de restringir la infinita multitud de todas estas expectativas; pero esto no fue mas que un cebo para vender mas caras las dispensas. Aun cuando estaban firmados los memoriales, se horrabán de los registros siempre que se presentaba un nuevo pretendiente que ofrecía mayor premio, y nunca faltaban motivos para la exclusion contra el que ofrecía menos, aunque ocupase el primer lugar. Durante la peste que affligió á Roma en el año 1398, se vendió alguna vez un mismo beneficio á muchas personas, sin que ninguna de ellas llegase á tomar posesion por haber muerto todas antes de poder verificarlo; y era tan pública esta negociacion odiosa, que la mayor par-



te de los cortesanos de Bonifacio sostenian que era permitida; de donde vino la máxima de que el Papa no podia pecar en materia de simonía, estableciéndose casi el mismo principio con respecto á la usura, la que por la necesidad de dinero efectivo para este tráfico sin crédito faltó poco para que se hiciese legítima en Roma. Pero debemos advertir que el historiador que refiere estos hechos, tiene la nota de complacerse en infamar á los Papas, y que sus obras están colocadas en el número de los libros prohibidos, bien que aun suponiendo que sean falsas la mayor parte de las cosas que refiere, quedan todavía bastantes para que lloremos eternamente los desórdenes que causó en la Iglesia este cisma ominoso.

8. Es indudable que Bonifacio IX estableció las anatas sobre los obispados y las abadías, y que fue el que introdujo generalmente las anatas perpétuas (1). Es cierto que el primer origen de este abuso es mas antiguo; porque habiendo pedido á Clemente V algunos obispos de Inglaterra que usase de este derecho en las iglesias de sus diócesis, tomó de aquí ocasion el Pontífice para atribuirsele á sí mismo sobre todos los beneficios de la iglesia británica. Juan XXII se reservó para las urgencias de la iglesia romana los frutos del primer año de todos los beneficios vacantes, limitando este subsidio al tiempo de tres años, y escluyendo de él á los obispados y abadías. Pero Bonifacio estendió

(1) *Thom. Dis. t. 3. p. 793.*

la anata á todas las prelacías y á todos los tiempos, de suerte que cualquiera que obtenia de este Papa una abadía ó un obispado, debia pagar ante todas cosas los primeros frutos de su dignidad, aun cuando no pudiese tomar posesion de ella: lo cual era muy indiferente á Bonifacio, pues tenia así esperanza de exigir á otro una nueva suma.

9. No era menos industrioso Clemente VII que Bonifacio para buscar dinero, y en muchos puntos no se mostraba mas delicado (1). Gustaba de la ostentacion, y queria que su colegio de cardenales fuese tan brillante y numeroso, como si toda la Iglesia hubiera estado sujeta á su obediencia. Concedia las dispensas con una facilidad de que no habia egemplar hasta entonces; admitió á un bigamo á la recepcion de las órdenes sagradas: absolvió de la irregularidad á un juez que queria hacerse sacerdote despues de haber dado sentencias de muerte, y no tuvo dificultad en permitir el matrimonio, contra la costumbre antigua, entre parientes en tercer grado. Dió muchos obispados á los eclesiásticos de la corte, gente sin instruccion, y sobre todo ignorantes en la teología, ciencia preeminente en sí misma, y que debia merecer con mucha mas razon este concepto á la Cabeza de la Iglesia. Sin embargo, se esplicó algunas veces Clemente sobre este punto con una ligereza indecorosa (2). Recomendándole un caballero muy principal la colocacion de un sobrino, que estaba dedi-

(1) *Hist. anon. t. 1. p. 198.* (2) *Ibid. p. 199.*



cado al estudio de la teología en la universidad de París, y hacia grandes progresos: „¿qué disparate (respondió el Pontífice) emplear de ese modo á un hombre de vuestra sangre! ¿Qué son todos los teólogos sino unos pedantes que solo tratan de cosas quiméricas?” Este modo de pensar y de explicarse no pudo menos de disgustar á la universidad y á los doctores, y no tardó mucho el Papa en arrepentirse de ello.

La universidad de París que estaba entonces llena de sugetos doctos y virtuosos, y menos estimulados de su propio interés que del celo del bien comun de la Iglesia, tuvo en los bernardos una junta de mas de trescientos doctores, y resolvió presentarse al pie del trono á fin de interesar al Soberano en la pronta estincion del cisma. Con este primer paso no obtuvo nada de una corte que no habia puesto en duda el derecho de Clemente; y aun el Monarca mostró que le desagradaba aquella inquietud en un asunto que se le representó como interesante al estado general de la Iglesia y del reino, mucho mas que á un cuerpo aislado de literatos: con cuyo motivo la prohibió, so pena de incurrir en su indignacion, que en lo sucesivo volviere á quejarse ó á tratar formalmente de este asunto. Fue esto un motivo de triunfo para Clemente; pero no conocia él la perseverancia de la escuela, ni se hallaba tampoco en la situacion que creía.

10. Mostró igualmente mucha indiferencia en

alejar á una pamesana jóven, llamada Úrsula, la cual tenia gran reputacion de santidad: en ella la contemplacion, las revelaciones, los raptos, la fortaleza, el don de persuadir, en una palabra, todo parecia sobre natural. Pasó á Aviñon acompañada de su madre, y dispuso que se diese al Papa la noticia de su llegada, manifestándole que tenia que comunicarle órdenes del cielo. Fue introducida con grande aparato: al entrar, se levantó Clemente de su trono, la oyó sin inquietarse, la dió tres audiencias, y este fue todo el éxito que tuvo una embajada que se creía celestial. Habiendo declarado Úrsula al Pontífice que su derecho no era legítimo, y amenazándole con la venganza divina si no le renunciaba, hizo ver, como lo habia egecutado ya otras veces, que las revelaciones y las profecías son unos diques muy débiles para contener el deseo de reinar. Atendió, pues, Clemente á las pruebas del mismo género que le eran favorables, y que en efecto dan á entender que los caminos extraordinarios, inútiles cuando no son de todo punto evidentes para discernir las verdades que se pueden conocer por los medios comunes, deben mirarse como muy sospechosos.

Volvió á Roma la pamesana inspirada, y fue á dar cuenta de su empresa al Papa Bonifacio, el cual hizo que pasase de nuevo á Francia con el carácter de enviada suya: lo que en vez de conciliarla mayor autoridad, solo la produjo malos tratamientos. En este segundo viage se la dió audien-



cia con el único objeto de ver si se la podia redargüir con sus propias palabras : se procuró intimidarla con amenazas , y se la puso en una prision; pero parece que el cielo la detuvo en Aviñon para que fuese testigo de la muerte precipitada de Clemente , despues de la cual volvió á tomar el camino de Roma. En seguida se embarcó para pasar á la tierra santa ; y por último murió en Verona en 1410 , de edad de treinta y cinco años. Es muy célebre en Italia por una multitud de milagros que cuentan de ella , por cuya razon la veneran los parmesanos con el titulo de Beata.

11. Resuelto Clemente á no condescender con los deseos de Bonifacio , sostenia por cuantos medios podia imaginar á Luis de Anjou , que con la conquista del reino de Nápoles adquiria un influjo muy grande en toda Italia. De este modo dejó exhausta la iglesia de Francia por atender á este Príncipe , y no cesaba de oprimir al clero con nuevas contribuciones. En el año 1391 , habiéndole pedido María , madre de Luis , un socorro en dinero , impuso una décima sobre la renta de todos los eclesiásticos , sin exceptuar á los individuos de la universidad de París , sociedad muy delicada en materia de facultades y privilegios. Poco antes la habia prohibido el Rey toda queja ó recurso en lo concerniente al cisma ; pero tantos hombres , sumamente versados en el arte de argumentar , supieron distinguir muy bien entre el cisma y la décima. Presentó pues el rector una nueva queja , y la ador-

nó con tan vivos colores , que el Rey dió palabra de apoyarla en la corte de Aviñon. El egemplo de la universidad alentó á los obispos , los cuales apelaron , en razon del impuesto , del Papa sorprendido al Papa mejor informado. Este medio ingenioso de defensa no produjo efecto alguno por no haberse seguido con firmeza ; despreció Clemente las sutilezas de los especuladores , y el resultado fue que el clero pagó su contribucion.

12. En el mismo centro del reino y por efecto de las intrigas combinadas de los tres personajes que tenian entonces mayor autoridad , á saber ; el condestable de Clison , el caballero de la Riviere y el señor de Noviant , fueron acometidos los privilegios del clero con un artificio que en esta especie de guerra ha sido casi el mismo en todos los siglos (1). Se fijaron en tres objetos que presentaban muchos aspectos diferentes , y eran algunos de ellos favorables á sus designios. Segun la preocupacion en que se estaba todavía acerca de la donacion de Constantino , se sostuvo que este Emperador no habia podido ceder al Papa San Silvestre el dominio temporal de Roma. Se levantó el grito contra la posesion en que se hallaban los eclesiásticos de condenar y hacer que se impusiese la pena capital á los reos : uso poco conveniente á su estado (decian) y visiblemente usurpado contra los derechos inenagenables del trono ; y por último , se alegó que los obispos á fin de estender su jurisdiccion,

(1) *Labour. l. 12. c. 2.*



concedian el privilegio ó fuero de la Iglesia á unos hombres que ni aun sabian los primeros elementos de las ciencias. Sobre ser muy poderosos por sí mismos los autores de estas quejas, hallaron quien se declarase á favor de sus ideas, como sucede siempre, aun en el estado eclesiástico. Algunos doctores, especialmente de las religiones mendicantes, que no tenian señoríos ni jurisdicciones que conservar, hicieron la corte á espensas del clero secular, sin atender mas que al interés ilusorio que traslucian en ponerse á nivel con él, y sin considerar que la seguridad de su existencia dependia de la del mismo clero, y que el interés capital de cada uno de los cuerpos de la gerarquía es siempre inseparable.

Despues de haberse hablado mucho en el público acerca de este punto para prepararle á la egecucion, se dió principio á ella por la Normandía, donde tenia el clero las mejores tierras y la jurisdiccion mas estensa. La universidad de París se unió entonces con los obispos para defender la causa comun; pero estaba la dificultad en conseguir una audiencia del Rey, cercado continuamente de personas enemigas del clero y de muchísimo influjo con el Monarca. Juzgó, pues, que la cesacion de las funciones públicas era un medio decisivo. Negada la audiencia, cerró las escuelas y salió de París un número considerable de estrangeros. Por algun tiempo pareció que la corte no hacia caso de esto; pero en fin se consiguió la audiencia con nue-

vos pretextos. Temiendo los ministros al orador de la universidad, hombre incapáz de disimulacion y de dejarse llevar de ningun respeto humano, mudaron de semblante de un momento á otro; y le obligaron á callar á fuerza de atenciones y promesas. Despues del exordio y de algunas espresiones bastante genéricas, cuando iba ya á tratar del punto delicado, se levantó el canciller Arnaldo de Corbie y dijo: „El Rey no ignora el motivo que os trae aquí, y quiere ahorraros hasta el trabajo de suplicar: ya hubiera condescendido con vuestros deseos, si hubiese sabido antes vuestros privilegios.” Reprendió despues el Rey con mucha dulzura á los doctores porque habian interrumpido las lecciones públicas, y les encargó que las continuasen. Lo prometieron así, y se retiraron muy satisfechos al parecer.

13. Como la universidad sentia mucho que se la impidiese continuar promoviendo en la corte la estincion del cisma, volvió á tratar de un asunto que no la interesaba menos que sus propios privilegios, con motivo de la llegada de dos cartujos enviados al Rey por el Papa Bonifacio. Es de errear que estos dos religiosos habian ido á Roma para impetrar á favor de su órden, que ya estaba reputada por esenta, un título formal de esencion como le obtuvieron en efecto de Bonifacio IX (1). Este es el primer monumento que los declara inmediatamente sujetos á la santa Sede, porque no se dis-

(1) Bullar. t. 1. Bonif. Const. 3.



trajesen de la contemplacion y de la santa quietud de su instituto. Bonifacio les entregó una carta para el Monarca francés, á quien deseaba atraer á su partido, como principal apoyo del de Clemente. Le rogaba en ella por la misericordia de Jesucristo, por el celo tan memorable de los Reyes sus predecesores, por la gloria y la antigüedad de la real casa de Francia, en fin, por todas sus cualidades personales, talento, valor, prudencia, fuerza corporal, edad juvenil, riquezas, reputacion, en una palabra, no omitia ninguna consideracion para inclinarle á pacificar la Iglesia y á reparar la negligencia de los Príncipes, que de todo trataban menos de la causa del Señor (1).

14. En muy diferente estado se hallaba entonces Cárlos VI de lo que se figuraba Bonifacio. Habia ido á pelear contra el duque de Bretaña, el cual dió asilo á Pedro de Craon despues de haber intentado éste asesinar indignamente al condestable de Clison. Estaba cerca de Mans al frente de sus tropas, y espuesto á los ardientes rayos del sol, cuando un hombre desconocido y mal carado echó á correr precipitadamente detrás de él, gritando con todas sus fuerzas: „Deteneos, Señor, que os hacen traicion.” Para completar la desgracia, se salió de la vaina á vista del Rey la espada de un soldado. Estos gritos, el espectáculo de la espada, el calor escesivo y una indisposicion de cuyas resultas parecia que estaba el Príncipe fuera de sí y como ale-

(1) *Spicil. t. 6. p. 45.*

lado, todos estos contratiempos reunidos, causaron en él una revolucion tan violenta, que cayó de repente en un frenesí, se arrojó con espada en mano sobre todos los que estaban á su lado, mató á muchos de ellos, y persiguió en esta forma á su propio hermano. Aunque esta enfermedad tuvo sus intervalos, nunca se curó perfectamente; de modo que la autoridad ó la preponderancia en los negocios pasó alternativamente á las manos de los tios y del hermano del Rey, los cuales no estaban muy acordes entre sí, resultando de esto que la Iglesia y el estado esperimentasen todo género de calamidades y desórdenes por espacio de mas de treinta años.

Tal era ya la situacion del gobierno cuando llegaron á Francia los cartujos enviados por Bonifacio (1). Se dirigieron desde luego á Aviñon, donde se hallaba el duque de Berri, que era el Príncipe mas adicto al Papa Clemente. El Papa y el Príncipe se consternaron con esta diputacion romana, se obstinaron en no dar audiencia á los diputados, y en cierto modo los tuvieron presos en la cartuja de Villanueva. Sin embargo, aquellos solitarios intrépidos protestaron que llevaban una carta del Papa Bonifacio para el Rey Cárlos, y no fue posible quitársela con amenazas ni con malos tratamientos. Habiendo llegado á París la noticia de su prision, se aprovechó la universidad de la mudanza ocurrida en el gobierno y de la desavenencia de los Príncipes, para emprender con buen éxito la de-

(1) *Labour. l. 12. c. 7.*